

CONSOLACION MEDIANTE LA HISTORIA. CUATRO «VISIONES» DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

Por Jose M. Sevilla

La obra del recientemente fallecido filósofo español José Ferrater Mora (Barcelona, 1912-1991), *Cuatro visiones de la historia universal*, aparecida originalmente en 1945¹ y reeditada en 1982 por Alianza Editorial², contiene un interesante capítulo dedicado a Vico, que nos muestra no sólo el interés de Ferrater por el napolitano, anticipado en 1943³, sino la combinación de filosofía e historia en cuatro *visiones* de la historia universal, ofrecidas de la mano de otros tantos autores. Esta obra del joven Ferrater, publicada durante sus años de exilio itinerante (Francia, Cuba, Chile) desde 1940 hasta que en 1947 se afincara en EE.UU., consituye un ejercicio de *visionado* filosófico de esas «visiones de la historia», que conforman algo más que «filosofías», realizado desde una perspectiva reconocible ya como *integracionista*⁴.

Antes de pasar a ver la obra, recordemos que también en su inigualable *Diccionario de Filosofía* (1941-) que en 1979 apareció en su sexta edición en cuatro volúmenes, Ferrater dedica una esquila a la voz «*Verum ipsum factum*», exponiendo que para Vico, «sólo se puede conocer lo que se hace, esto es, 'lo hecho', 'el hecho', *factum*»; considerando que en general, «el principio *verum ipsum factum* puede ser admitido por todos los que afirman que el conocimiento de la realidad es conocimiento de su génesis. Por eso si se concibe la Naturaleza misma genéticamente, sería posible aplicar a ella el principio en cuestión»⁵. En la voz «Vico,

1. Losada, Buenos Aires, 1945. Con posteriores reediciones.

2. José Ferrater Mora, *Cuatro visiones de la historia universal*, Alianza editorial, Madrid, 1982. 109 págs.

3. *Cuadernos Americanos*, 5, 1943, pp. 165-180.

4. Cfr. «Integracionismo», voz en *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora, Alianza Diccio-narios, Madrid, 1984 5ed., vol. 2. Cfr. la entrevista a Ferrater en *Teorema*, 7, 1972, pp. 97-108. Cfr. A. López Quintás, *Filosofía española contemporánea*, BAC, Madrid, 1970, pp. 175-181.

5. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Alianza Diccio-narios, Madrid, 1979, 4 vols. 1984 quinta edición en «Alianza Diccio-narios». Vol. 4, «Q-Z», pp. 3418-3419.

Giambattista», dos páginas a continuación, explica Ferrater la oposición de Vico al cartesianismo («como capital representante del modo de filosofar de la razón física») y la aplicación de este criterio *verum-factum* al conocimiento de la historia. Apunta aquí también Ferrater la teoría de los «ciclos» y las tres edades: «La historia es, por consiguiente, al entender de Vico, un continuo renacimiento de los pueblos, una serie interminable de cursos y recursos a través de los cuales se manifiesta siempre con la misma inexorable necesidad el ciclo de las tres edades»⁶.

La perspectiva integracionista ferrateriana que apuntábamos antes en *Cuatro visiones de la historia universal* se manifiesta en el «Prefacio a la nueva edición», expresando que la propensión habitual de dividir la «filosofía de la historia» en «dos tipos, por lo demás no siempre bien hermanados»: La filosofía especulativa de la historia (dedicada a interpretar globalmente la historia, entendida como «historia universal») y la filosofía analítica de la historia (preocupada en la naturaleza de los hechos históricos, con la finalidad de contrastarlos y frecuentemente equiparlos a los hechos naturales), resulta sin duda cómoda «a efectos docentes», pero ante el examen riguroso presenta un panorama más complejo. Principalmente, porque caben más orientaciones que esas dos expresamente (p.e. Dilthey, Ortega, Rickert,..., no son estrictamente ni especulativos ni analíticos); porque cada una de las dos ramas de clasificación pueden presentar variadas tendencias; y, por último, porque «ciertos autores no encajan muy bien dentro de ninguna de las tendencias, o siquiera subtendencias». Ante lo inapropiado de las tipologías de filosofía de la historia para averiguar «de qué género» son las obras de los cuatro autores estudiados: San Agustín, Vico, Voltaire y Hegel, cabe sin embargo «una clasificación pragmática, siempre revisable» de los géneros de filosofía de la historia. Así, y considerando la existencia de géneros intermedios, el género «analítico y crítico»; el género «sintético»; y el género «‘supersintético’ u ‘omnicomprensivo’». Este último, «en su máxima pureza» desplaza el concepto usual de «filosofía de la historia», incluso la especulativa. Es un género de exploración de la historia distinto, que Ferrater opta por denominar «visión»; un género no exento de «fantasía» fundada en la realidad de la historia y en la esperanza de que ésta sea como se ha descrito o explicado y siga el camino que se le ha preparado al pensarla. Un género que presta atención al desarrollo histórico concreto como signos de la historia universal, y que «quienes lo han cultivado han tratado de descubrir, en el aparente caos de la historia humana, su última y secreta clave», con una esperanza fundante de la historia universal como lo que será, y no sólo lo que ha sido o es. Estas «grandiosas concepciones» que Ferrater describe y de las que brinda en la introducción una interpretación de su unidad, son «visiones de la historia» y a la vez con toda probabilidad «otras tantas formas de un ideal moral».

Ferrater se desmarca de la idea comúnmente admitida según la cual la conciencia histórica es propia sólo dentro del cristianismo, a partir de la cual comienzan a formularse visiones de

6. *Ibid.*, pp. 3421-3422 y 3422-3423 con bibliografía. También se refiere a Vico en el artículo «Historia».

También en su *Diccionario de Grandes Filósofos*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 2 vols, en el vol. 2 pp. 471-472 se reseña en cuatro columnas a dos páginas un perfil de la biografía intelectual de Vico, subrayando algunas populares teorías viquianas y cerrando la información con un sucinto extracto bibliográfico de referencias aparecidas en el *Diccionario de Filosofía*.

la historia. Cabría repasar las civilizaciones orientales para ver que hay indicios; pero más certeramente entender que dentro de la cultura helenística en los griegos se dió historiografía, y que hubo atisbos de una visión de la historia (p.e. «la 'visión mítica de la historia' en Platón», o las visiones pragmáticas en los sofistas y en los historiadores, Tucídides, Polibio). Pero una «visión de la historia», en el sentido antes apuntado, considera que la historia «tiene que ser no sólo total, sino, además, y sobre todo, tener un sentido que la 'visión' trata justamente de desentrañar»; lo cual «sucede por primera vez cuando, en cierto momento de la evolución del pueblo hebreo, emerge la idea de que la historia se desarrolla según un plan» (p. 13). Ya dentro del cristianismo la conciencia histórica y la visión de la historia universal surge plenamente, contando en San Agustín con el primer «gran visionario».

Las cuatro «visiones» que Ferrater selecciona y expone comparten en común su calidad de concepciones sobre la historia universal fundadas sobre cuatro ideales y mantenedoras de una esperanza futura que insufla «sentido» a la historia pensada. En San Agustín, Vico, Voltaire y Hegel se aprecia una «experiencia» que les une: la conjunción de la verdad y la vida, la búsqueda de lo percedero, temporal y contingente con lo inmortal, eterno y necesario. En cierto sentido, las cuatro interpretaciones ofrecen un modelo de «salvación» humana en la historia (teológica-religiosa, histórica-renaciente, racional-progresiva, ideal-absoluta). En ellas persiguen la coexistencia de la realidad y la plenitud, las existencias y las eternidades, la historia y el sentido. Cada «visión» es percibida por Ferrater como un proyecto para descubrir el *sentido* de la historia, el problema de su razón de ser (divina, humana, impersonal) y de su finalidad (una justificación de ella). Todas *ven* que hay una *ley* de desarrollo -«su propia ley»- y que puede darse razón de ella; la historia «es para ellos, efectivamente, una realidad, acaso no incompatible con la de la naturaleza o la del mundo inteligible, pero en ningún caso simplemente reductible a la de ellos» (pp. 16-17); para los cuatro «visionarios» «la ley de la historia universal es al mismo tiempo la ley que permite afirmar la *plena realidad* de esta historia» (p. 17). Esta razón de ser no equivale simplemente a su explicación (serían filosofías de la historia), no puede alcanzarse por la explicación de algo ajeno a ella misma, sino al revelarla.

San Agustín representa la «visión cristiana», género en el que se constituye su teología de la historia, presentando un criterio efectivo de historicidad. San Agustín realiza dos tareas más bien complementarias que contrapuestas: «teologizar la historia» a la par que «historizar la teología» (p.14); el cristianismo vivido va a ser *además* pensado asimilando la tradición intelectual griega, tratando de Dios pero también de lo infinito, del tiempo y de la historia (p. 27). Es la suya una visión «dramática». La historia constituye para él «el gran drama de la salvación»: la pertenencia a la *civitas dei* -salvación cristiana-. Sólo la parte del género humano que vive en el mundo terreno con el alma fuera de él tiene la posibilidad de «salvarse». Desde el principio de la historia (Adán) según San Agustín, el género humano está condenado por la justicia divina y sólo algunos se salvan misericordemente. Esto es lo que da a la visión cristiana de la historia su «angustioso sentido» y hace de ella a la vez, integradoramente, una tragedia desesperante y el fundamento de una esperanza. La justicia de Dios y su justificación, teodicea, constituyen una teología de la historia cuyos elementos son el drama y la salvación.

La «visión renacentista» de Vico parece en principio más optimista (el optimismo de un mundo que «renace» de sus ruinas). Ferrater interpreta en Vico una «física de la historia»: el

establecimiento de unas leyes por las que se explica la «naturaleza común de las naciones». Una ciencia aplicada a la naturaleza humana desde el único ámbito donde puede ser penetrada y comprendida: la historia. El centro de atención en torno a la interpretación viquiana de la historia se sitúa en la articulación de la ley histórica en el movimiento del *orden-desorden*. Es el concepto de «orden», o más correctamente de «desorden», donde Ferrater hace recaer la atención. En este sentido, la viquiana providencia actuante en la historia es vista como «verdadera policía», «mantenimiento del orden establecido desde la eternidad» (p. 50). Desde el mismo punto de vista, el hombre en la historia es libre de hacer lo que quiera menos «desbordarse». El *desorden* («desbordamiento») caracteriza los momentos de tránsito y crisis, siendo tan «necesario» como sus *órdenes* anterior y posterior. No es pues una etapa sino un límite, y su necesidad es momentánea.

Según interpreta Ferrater, la visión de Vico es «renacentista» en el sentido de renaciente; que a través de los cursos y recursos de la historia humana (a semejanza de un proceso jurídico interminable -*ricorso*: recurso- la historia se convierte en un «expediente» de la especie humana y el recurso es «instancia de apelación», «la renovación constante de ese expediente» -p. 52) ésta se repite a sí misma y renace de sí misma; y porque el eje de la visión de Vico «lo constituye la fe en el renacimiento perpetuo de la especie humana». La historia viene a ser, así, un camino de constante destrucción y reconstrucción de sí misma, «de un renacimiento perpetuo». Los pueblos se enfilan en una evolución que se renueva. La historia es interminable, pero también resulta monótona. La evolución recursiva sometida a la ley de las tres etapas (que no son sólo tiempos sino determinadas naturalezas) resulta tan monótona como cualquier repetición sin fin. Pero a través de esta teoría, según destaca Ferrater, Vico muestra que el sentido de la historia es comunal y que la repetición es tan sólo un *esquema* cuyo contenido es revivido muy *distintamente* en cada curso. Se puede inferir entonces que el retorno es sólo un modelo de salvación de la humanidad en un momento de crisis y de disolución (desbordamiento) de su «cauce» ideal eterno.

Analizadas las tres edades (pp. 55-62), Ferrater encuentra que esta historia, en el fondo, es «una interminable agonía» (p. 63). En correspondencia, nos muestra cómo de la razón del pesimismo viquiano surge también su optimismo: la imposibilidad de alcanzar siempre un estado perfecto -la «historia ideal eterna» es eterna pero también ideal- potencia también la promesa inmanente histórica de una existencia perpetuamente renovada. Aquí radica, según lo dicho, el más firme consuelo de la visión de Vico: la verdad de la historia es su agonía, la realidad de la historia su lucha. En la agonía hay vida y en la vida hay esperanza; seguir viviendo es el consuelo, resistir es la lucha y la esperanza. Como dijera Sorel, todo lo que vive resiste. La vida es negarse a morir, y la historia es vida.

Según Ferrater, pues, la *visión* de Vico es «magnánima» y «tranquilizadora». Si la historia es un «expediente», al menos se tiene y mantiene la confianza en la renovación perpetua. «La filosofía de la historia de Vico es la filosofía de la historia de los pueblos que se niegan a morir» (p. 53).

Las otras dos visiones restantes presentan también con estas anteriores y entre sí mismas puntos comunes. La «visión racionalista» de Voltaire plantea la «lectura en filósofo» de la historia, la búsqueda de la verdad y el cambio que se proyecta en la «visión» voltaireana cuando se traspasa por la díada bipolarizante de pasión/razón, oscuridad/luz, metira/verdad, hacia la

visión maniqueísta de las dos grandes fuerzas del mal y el bien entre las que se debate la soledad humana. La historia, primeramente rescate de la razón, termina convirtiéndose en el «rescate del principio del bien», para lo cual según Voltaire es decisiva la *intervención* humana. La desesperanza del racionalista Voltaire arraiga la esperanza de la búsqueda vehemente de la bondad. Para que la razón rescatada en la historia sea preservada del mal se hace necesario la unión de la razón al poder. Tal es el significado de «leer la historia en filósofo»: buscar en la historia esos momentos en que la razón ha sido rescatada y conservada por el poder. Pero por encima de la «protección», se encuentra la verdad de la historia. La soledad conquistada por la naturaleza racional, liberada de «la naturaleza vengativa y de la historia tumultuosa»; ésta es «la manera de reintegrarse al reino de la bondad, que admitirá nuevamente la naturaleza y la historia, más purificadas» (p. 84). Es la «salvación» que puede lograr la *filosofía* en la lucha e intervención en la historia.

Conquista es también el eje de la interpretación de Hegel en su «visión absoluta», conquista del Espíritu de su libertad. En el despliegue de la Idea desde sí misma para volver a sí misma, la historia se define para Hegel como el progreso de la conciencia de la libertad: quien alcanza la libertad es «el Espíritu, que se despliega en la conciencia humana, el Espíritu universal, protagonista de la vuelta de la idea hacia sí misma» (p. 96). La historia termina con la liberación definitiva del Espíritu en busca de su libertad, «de su autosuficiencia», y su objeto es presencia del Espíritu pasando de un lugar, pueblo, Estado, a otros. Lo que ha acontecido en la historia no es más que espiritualización del Espíritu. Las fases no son más que repliegues sobre sí mismo. Ferrater señala cómo Hegel termina divinizando al Estado como el verdadero portador del Espíritu y el único poder real de la historia. A juicio de nuestro intérprete, la frialdad del pensamiento hegeliano puede helar los corazones, pero nos advierte cómo lo importante es «la pasión que hierve» en el interior del filósofo oficial del Estado prusiano: «la pasión por una esencia que fuera al mismo tiempo una existencia, por una razón que fuera a la vez desbordante entusiasmo, por una vida que fuera constante trato y victoria sobre la muerte. Esta vida es en el fondo la esperanza de Hegel» (p. 105). No es fundamentalmente una razón lo que hace ser a la Idea, sino «una pasión». Esta es la *esperanza* de Hegel. El regreso de la Idea a sí misma, la Idea Absoluta convertida en Espíritu Absoluto, es el descanso verdadero, el sosiego y la calma de la vida que se ha enfrentado a la muerte y ha triunfado. Con esta conquista termina la historia. Todos los medios -individuos, Estado, Derecho, Religión- han servido al Espíritu y se justifican en ese final, en esa promesa de salvación. Para Ferrater, la esperanza de Hegel se truca hoy en la convergencia de una «desesperación»: «aquella eterna vida prometida por la Idea está aún en una vaga lejanía»; y de un «consuelo»: mientras *vivimos* «tenemos posibilidad de aumentar, con la experiencia, la plenitud de nuestra vida, de ver, de saber y de vivir algo nuevo» (pp. 106-107).

Decía Ferrater al comienzo en su interpretación introductoria, que el sueño de los cuatro «visionarios» era unificar lo eterno e imperecedero con lo temporal y contingente, las existencias y las eternidades, cuyo cúlmen no alcanzaban ni la filosofía de las esencias ni la filosofía de la naturaleza. Ellos encontraron integrablemente en la historia el sentido y la finalidad a la vez como motor y como justificación de la historia. Llenaron sus reflexiones con las miserias y las tristezas finitas y se alzaron hacia lo imperecedero: Dios, Historia Ideal Eterna, Razón, Idea Absoluta. Llegaron hasta el punto retornante de convertir sus reflexiones en mitos,

destinados a hacernos comprender de algún modo la realidad tanto como a consolarnos de ella. Consolaciones distintas: la esperanza, la repetición, la intervención activa, la impasible contemplación; pero con una idéntica finalidad: «hacer ver que el sentido de la historia es la plenaria justificación de ella; hacer comprender que todo juicio final implica la historia universal» (p. 22). «La visión de la historia culmina así en una mitología de la historia; el concepto cede paso a la metáfora» (p. 21). La interpretación ferrateriana de estas cuatro visiones constituye también una hermosa metáfora, intentar unir dos formas de ser que por lo general se repelen mutuamente.

* * *